



ISLAS, 47(145):34-38; julio-septiembre, 2005

Ricardo Vázquez  
Díaz

*Cervantes y Lezama:  
notas sobre un  
encuentro en la  
eutopía*

La imaginación, sitio lúdico de recuerdos y elementos fantásticos, es el arma fundamental en la transformación del duro rostro de la temporalidad humana. En ella la memoria, lejos de representar lo real pasado, va en busca de una imagen complaciente que, adornada por la fantasía, se imponga como marca de las experiencias anteriormente vividas.

Existen grados en esta conformación ideal de la vida recordada. El primero, y más común, es el que conlleva una visión solo positiva del pasado, creando un sentimiento que va más allá de la nostalgia para iluminar el presente y acallar las preocupaciones que acarrea. Surge así un sentimiento que alcanzó delicada formulación literaria: el topos de la mejor calidad del tiempo pasado y su formulación mítica: la Edad de Oro.

Esta evasión, hacia atrás en el tiempo, se opone frontalmente a la idea del progreso que emerge en el hombre cuando confía en sus fuerzas para dominar la naturaleza y comprenderla, y que tan especial fue en la configuración de lo que llamamos Modernidad. La confianza esperanzadora en el progreso activa otra vez la imaginación y genera otro modo de evasión que, amén de tener proyección temporal de futuro, se realiza la mayoría de las veces en la coordenada espacial.

Aparecen entonces, en contraste con la realidad circundante, lugares maravillosos, moradas de los bienaventurados, de aquellos que lejos de las penalidades de la historicidad se encuentran en un mundo de fábula. El reflejo de estos parajes en la literatura rebasa los límites de la ficción para convertirse en estancias evocadoras de un bienestar fascinante que forma parte ya de

[34]





los mundos posibles, tanto si se trata del mito arcádico, del paraíso terrenal o de cualquier otro mito contemporáneo.

Para ambas «visiones» es crucial el concepto de utopía, potenciado por el humanista inglés Tomás Moro en el siglo XVI al aplicarla a un determinado tipo de sociedad; pero que también «remite a la noción de un ámbito ideal, privilegiado, donde parecen viables los *impossibilia*, las cosas imposibles» (Bauzá: 124). Es en este sentido en el que me interesa aquí este término, como estado especial y fecundo que permite la conexión del presente, real, con el pasado y futuro imaginarios; no solo para poseerlos como tesoro o ambición, sino fundamentalmente para realizarlos *hic et nunc*. Es a la luz de esa utopía como proceso que percibo la anulación cronotópica posibilitadora de una nueva Arcadia gestada, entre otros, por *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha y Paradiso*.

Adolfo Sánchez Vázquez recuerda en su imprescindible estudio «La utopía en el Quijote», el carácter activo del principal hijo de Cervantes, así como los rasgos ideales de los móviles y medios que condicionan su actuación en el mundo. Su lectura del texto cervantino, realizada en la crucial fecha de 1990, es esencialmente política, por lo que fortalece el sentido subversivo de lo utópico e intenta encontrar una fórmula que anule el fracaso del Quijote, incapaz de llevar la justicia y la paz a los predios de Castilla; y que al mismo tiempo restablezca la confianza de la izquierda mundial en la posibilidad de la Utopía.

Al entender la utopía en los límites de la tradición clásica (Platón, Moro, Campanella, Bacon), la utopía como establecimiento de una sociedad donde fueran ignoradas las palabras *tuyo* y *mío*, Sánchez Vázquez, y el mismo Alonso Quijano, lamentan su frustración, fruto, según el insigne pensador contemporáneo, de la inversión de la visión de lo real, la desproporción entre su noble tarea y los medios para llevarla a cabo, y la hostilidad de esa sociedad para con el individuo (Cfr: 541-542). La qui jotización de Sancho es la solución, el relevo que mantendrá viva la utopía. ¿En qué consiste esa qui jotización? ¿Qué rasgos de su amo asume el noble escudero?

Creo que es precisamente esa inversión de la visión de lo real, esa confusión entre el mundo narrado y el mundo real que padece el Quijote, legado recogido por Sancho qui jotizado, quien transformó además a Alonso Quijano en Don Quijote; quien le

[35]





garantizó la entrada a ese ambiente imaginario en el que se construye la utopía. En el comienzo de la novela, cuando «llenóse la fantasía de todo aquello que leía en los libros [...] y asentóse de tal modo en la imaginación [...] que para él no había otra historia más cierta en el mundo» (: 26), el personaje cervantino se convierte en un nuevo Adán que renombra la realidad y se dispone a conquistarla, no a punta de lanza, sino a través de la imaginación trastrocadora de esencias y apariencias.

Al recobrar el juicio luego de un largo sueño, tal vez el de sus últimos años, reaparece Alonso Quijano, renegador de su locura; fracasando, ahora sí, en la aceptación de una parcial comprensión racional del mundo. En este trance es ayudado por el cura, quien pide al escribano un documento que describa la muerte de Alonso «para quitar la ocasión de algún otro autor que Cide Hamete Bengali le resucitare falsamente, y hiciese [sic] inacabables historias de sus hazañas». (:1400)

Como asegura Sánchez Vázquez, solo Sancho es fiel a esa recuperación de la Edad de Oro y conquista de la Arcadia que emprendió el Caballero Andante, pero locura o imaginación mediante como engendradoras de la utopía, «porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía». (: 1398)

Esta construcción de lo imposible a través de la posibilidad de la imagen actuante es el centro del sistema poético y vital de José Lezama Lima, y en general de *Orígenes*, cuyos integrantes se destacaron por la dimensión que alcanzó en sus obras el tema de lo imposible. En su estudio sobre esta zona de la poesía cubana, Cintio Vitier destaca: «Lo posible puede llegar temerariamente, dando el salto supremo, hasta el absurdo: pero no el absurdo existencialista de la ausencia de sentido, sino todo lo contrario, el absurdo como sobreabundancia inexplicable del sentido.» (: 329)

En *Paradiso*, como reconocen muchos, se da la novelización de este sistema poético. Vislumbro allí dos lugares míticos que intentan ser recuperados por la imagen: la reconstrucción de un tiempo por medio de los recuerdos, Edad de Oro de una familia criolla; y la construcción de un espacio regido por la vivencia de la imagen (Cfr. Aínsa: ), espacio gnóstico ya descrito en su capital *La expresión americana*; Arcadia escritural donde se funden azar y destino de José Cemí; pero también espacio

[36]





donde Lezama realiza su utopía, confiado en que «un país frustrado en lo esencial político, puede alcanzar virtudes y expresiones por otros cotos de mayor realeza.» (1988: 300)

José Cemí cumplimenta, como Don Quijote, un viaje que pretende reunir en el presente aquella Edad de Oro y el reino de la imagen que le anuncian los juegos verbales de su tío Alberto, y le es revelado definitivamente por Oppiano Licario. El vivir en ese estado de apertura hacia la imagen, el estímulo de la madre hacia «lo difícil», y la compañía de Fronesis y Foción, posibilitan esa conquista del mundo externo, capacidad heredada por el escudero, hecha realidad por Cemí en un tránsito utópico y poético hecho de la tensión esencial que existe entre imagen y posibilidad; enemigo rumor que había transformado molinos, prostitutas e ínsulas.

Este existir de la imagen, de la literatura como segunda naturaleza, «la imagen operando en la historia», es lo que convierte a ambas novelas en refugio de la utopía, en sistema alternativo de la realidad que para Fernando Aínsa es «Un modo utópico, una función que apuesta a una proyección del futuro más que a una reconstrucción del pasado perdido [...] una forma de objetivación de la utopía a través de la literatura.» (:62)

El mismo Lezama repetía a Vossler en aquello de ver las obras de Miguel de Cervantes como «consecuencias de literaturizar la vida y de vivir la literatura [...] dentro de la gran tradición griega del arte como búsqueda del protón *pseudos*». (: 262) Ese mundo narrado es el mundo de la libertad para crear y exorcizar el pasado. El encuentro del Caballero de la Triste Figura y nuestro Cemí se verifica para mí, utopía mediante, en otro lugar asociado tradicionalmente a esta: la *eutopía* o lugar feliz, encarnado en el mundo imaginario que tiene la capacidad de transformar no solo el presente de la escritura, sino el instante mismo en el que participo como lector.

Alguien más puede acompañarlos en estas notas de los bienaventurados, «ese coloso del pensamiento, ese patriota de tantas locaciones [...] el soñador que para colmo miró con ojos de poeta y anotó en sus cuadernos y diarios indecibles rafagazos porverinistas» (: 128). Aquel que hizo vivir en *Nuestra América*, porque era la hora urgida, esos pueblos nuevos que aún no eran, pero que con certeza nacería de las semillas fundadoras del Gran Semí.

[37]



## Bibliografía

- Aínsa, Fernando: «Del paraíso perdido a la utopía de la esperanza. *Paradiso* de José Lezama Lima» en *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*, pp. 43-63, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2002.
- Cervantes, Miguel de: *El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Imprenta Nacional, La Habana, 1960.
- Lezama Lima, José: *Confluencias*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988.
- \_\_\_\_\_: *Paradiso*, Edición Crítica, Cintio Vitier (coord.), ALLCA XX, Madrid, 1997.
- \_\_\_\_\_: *Para leer debajo de un sicomoro*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1998.
- Sánchez Vázquez, Adolfo: «La utopía del Quijote» en *A tiempo y destiempo*, pp. 531-543, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2004.
- Vitier, Cintio: «Crecida de la ambición creadora. La poesía de José Lezama Lima y el intento de una teleología insular» en *Lo cubano en la poesía*, pp. 309-330, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1998.